
STEFANO PORTELLI

LA CIUDAD HORIZONTAL

Urbanismo y resistencia
en un barrio de casas baratas de Barcelona

Equipo de investigación:

Sandra Capdevila Sardaña
Manuel Delgado, *coordinador*
Núria Sánchez Armengol
Ulrike Viccaro
Isabel Cadenas

<http://laciutathorizontal.org/>

edicions bellaterra

Índice

Introducción, 9

Pregúntale al polvo, 9 • Lucha social, espacio y cultura popular, 14 • Mito negativo e investigación colaborativa, 19

1. Para una historia de las casas baratas, 31

Barcelona ciudad industrial. La oleada de migrantes y el peligro del contagio proletario, 33 • *Un exquisito lunch*. Entre el asistencialismo y la especulación inmobiliaria, 41 • La guerra civil comienza en las casas baratas: cultura obrera y lucha social en Vilabesòs, 55 • Un barrio represaliado: el Bon Pastor y las ovejas descarriadas, 72 • Nuevas construcciones y nuevos vecinos: del *porciolismo* a la nevada de 1962, 87 • Nueva militancia política, 104 • La izquierda en el poder, 115

2. La misma historia, desde dentro, 119

Entonces se deshizo to': la llegada a las casas baratas, 119 • *¡Nosotros no venimos de Montjuïc!*, 129 • Dos familias de Poblenou, 139 • Flamenco en la calle 18, 145 • Entre la calle Serós y el río, 155 • A las fábricas, 168 • Del estraperlo a la heroína, de los *Quijotes* a los *Avis del barri*, 176

3. Etnografía de Bon Pastor, 191

El barrio hoy, 191 • «Una gran familia aquí»: la vida en la puerta, 195 • Un pequeño pueblo. El *chafarderío* como hecho social total, 206 • «Las casas son nuestras». Mantenimiento del barrio y mito de la marquesa, 210 • ¿Quién vive en las casas baratas? El mito de los «materiales sobrantes», 225 • Payos, gitanos y «garrulos», 235 • Et-

- notécnicas de gestión de conflictos, 250 • La distancia: dos narrativas que no se encontrarán nunca más, 261 • Hacia el derribo, 274
4. La lucha contra la Remodelación, 277
Un nuevo desarrollismo, 280 • El Ogro de la Remodelación: un cuento para adultos, 286 • ¿Una nueva guerra civil? Interpretaciones del conflicto y batalla mediática, 295 • Vivir en una zona de transición: Desahucios y derribos, 310 • «Para los que dicen que aquí los okupas “no pintamos nada”»: los Nietos del barrio, 317 • *¿Qué quiere esta gente, que llama de madrugada?*, 326 • La crisis económica, Repensar Bonpastor y el último «asalto a las casas», 333
5. El impacto social de las transformaciones urbanas, 349
Hacia el otro barrio, 353 • La caída de las etnotécnicas: desarticulación de las defensas, 370 • El presente como pérdida: necesidades inducidas, 382 • *La fine del mondo*, 396 • Zona de fumadores paranoicos, 410 • Una muerte y un nacimiento en un bloque de pisos protegidos: un barrio con futuro, 424
- Conclusiones: Antropología horizontal, 429
Alba de San Juan, 429 • La «quiebra» de la ciudad horizontal, 431 • Hacia la horizontalidad etnográfica, 443
- Bibliografía, 459

Introducción

Los señores y los nobles cambiaban completamente el orden social y quebrantaban los viejos derechos y costumbres, utilizando en ocasiones la violencia y casi siempre las presiones y la intimidación. En sentido estricto, robaban su parte de los bienes comunales a los pobres y destruían las casas que éstos, gracias a la fuerza indoblegable de la costumbre, habían considerado durante mucho tiempo como algo que les pertenecía a ellos y a sus herederos. El tejido de la sociedad se desgarraba; las aldeas abandonadas y las casas en ruinas constituían un buen testimonio de la violencia con la que la revolución arrasaba, poniendo en peligro las defensas del país, devastando sus pueblos, diezmando su población, transformando en polvo una tierra agotada, hostigando a sus habitantes y transformándolos, de honestos labradores que habían sido, en una turba de mendigos y ladrones.

KARL POLANYI, 1944

Pregúntale al polvo

Las máquinas llegaron al barrio en abril de 2007. En cada derribo, los habitantes se juntaban en un rincón detrás de los vallados de rafia de las casas que se iban a demoler, intentando al mismo tiempo mirar y no mirar, a menudo sin ni tan siquiera comentar nada entre ellos. Las retroexcavadoras trabajaban lentamente pero con decisión, al compás del silbido estridente, levantando nubes de polvo entre las cuales se veían caer las vigas de cemento de los techos, los filamentos que aguantaban los contratechos, los interiores embaldosados; todo ello bajo la lluvia de las mangueras que rebajaban el polvo para evitar que saliera de las vallas. Una de las máquinas lucía por detrás una pintada que decía «Grenpeace», sólo con una *e*, aunque nadie le hizo demasiado caso. Tanto para los que estaban a favor, como para los contrarios a la renovación urbanística del barrio, era difícil creer que realmente estaban derribando las casas baratas.

Por debajo de la calle Ardèvol, entre las calles y las plazas de las seiscientas casas que todavía quedaban en pie, la vida seguía aparentemente igual que siempre. La zona llamada «primera fase», en cam-

bio, se estaba convirtiendo en una frontera. El paisaje uniforme, ordenado y familiar que habíamos descubierto tres años atrás, había quedado esponjado con inhóspitos solares de tierra, resultado de la demolición de las primeras islas. Los coches no se atrevían a aparcar encima, como si todavía los habitantes no quisiesen asumir que aquellas casas ya no estaban. Los tres bloques que continuaban en pie en la zona, en la calle Ager y alrededor de la calle Albí, blancos bajo el sol de verano, sumaban a la desolación circundante, con puertas y ventanas tapiadas, tuberías rotas goteando en la calzada, techos agujereados y todas las paredes sucias de pintadas agresivas. El espacio abierto, el polvo, las miradas extrañas desde las ventanas de arriba, la falta de sombra, nos hacían sentir como en una película del Lejano Oeste: una sensación común en muchos lugares de la periferia de Barcelona durante aquellos años de transformación urbana radical.

La Noche de San Juan, con los pocos habitantes que seguían viviendo en las casas de esta primera zona de derribos, encendimos una hoguera justo encima de uno de los descampados. Hacía dos años que la ordenanza municipal sobre el civismo prohibía encender fuego, beber alcohol y poner música en la calle, vetando de hecho la celebración tradicional de la fiesta del solsticio. Las explosiones de petardos retumbaban por todo el barrio desde hacía días, pero hogueras, en la «primera fase», sólo había esta. Celebrar San Juan en la calle, entre las casas a medio derribar, era una provocación hacia el vecindario y hacia la administración de la ciudad. Con spray rojo, sobre la fachada de algunas de las casas habitadas, los vecinos habían escrito «seguimos viviendo», pese a todo, entre escombros y tensiones: un mensaje de resistencia, contra el derribo y contra el Ayuntamiento que lo estaba ejecutando.

La mayor parte de los habitantes de la zona, trasladados ya a los nuevos pisos, se preparaban para celebrar su primer San Juan en vertical, cenando en los comedores, o tirando petardos desde los balcones. Sin embargo, las pocas familias que habían decidido resistir a la orden municipal de dejar las casas baratas se sentían observadas, imaginando las miradas de sus antiguos vecinos desde arriba, detrás de las nuevas ventanas brillantes e impenetrables a las miradas. La presencia de los nuevos bloques era invasiva, y hacía todavía más desolador el paisaje de escombros que los rodeaba. Mientras resonaban los petardos, juntos preparamos la mesa donde lo que antes era la calle Albiol: una

callejuela peatonal entre dos hileras de casas, de las cuales en aquel momento únicamente quedaba un lado. Una mujer rubia trajo a la mesa una olla de caracoles; su marido conectó un aparato de radio tirando un cable desde su casa, y puso música —la omnipresente rumba—. Nos fuimos sentando en torno a la mesa, riendo y un poco preocupados por las bromas de uno de los vecinos bastante borracho, y por la insistencia de unas niñas del barrio que intentaban levantarle la falda a una de nuestras colegas; mientras tanto, algunos jóvenes recogían madera para avivar el fuego en el descampado de delante. Una pintada negra sobre la pared decía: «Basta de presiones, queremos vivir tranquilos». Las familias «resistentes» habían denunciado más de una vez el *mobbing* sufrido para que olvidasen sus reivindicaciones. No habían recibido respuesta, pero se animaban entre ellos y hacían piña alrededor de la señora Paca, la más anciana; declaraban que no querían ceder, que tenían razón y que ganarían. «Cuando la guerra —decía Paca— por lo menos sabías de qué lado te venían las bombas: era una guerra y te lo esperabas. Pero ahora no estamos en guerra: y los palos nos llegan por todas partes».

Las risas y la alegría de la fiesta se mezclaban con las amargas constataciones sobre el paisaje desolador que nos rodeaba. La celebración obstinada de una fiesta casi prohibida, símbolo de lo que había sido el barrio y su comunidad, servía para reafirmar no sólo la voluntad de que sobreviviese aquel ritual, sino el arraigo y la importancia de todo el mundo que se estaba desvaneciendo bajo los golpes de las retroexcavadoras y de las prohibiciones municipales. El mundo de las casas baratas estaba cayendo lenta e inexorablemente, y este pequeño grupo de inquilinos se sentía investido de una misión de rescate y respuesta a quien lo estaba destruyendo. Con una hoguera solitaria en medio de los escombros, las familias con las que nos habíamos unido, y que habían resistido a la primera ola de desahucios, no luchaban tanto por defender sus casas, en cualquier caso ya destinadas a caer, sino para salvar la memoria de su barrio y de su historia: una historia de lucha y resistencia, que la renovación urbana de Barcelona estaba condenando a la demolición y al olvido.

«¿Qué era Bon Pastor? Pregúntale al polvo» escribieron dos compañeras de nuestro grupo en la revista *Infograma* de Santa Coloma de Gra-

menet, aquel mismo año 2007.¹ La demolición de las casas baratas de Bon Pastor —el más grande de los primeros cuatro grupos de vivienda social de Barcelona, construidos con la Exposición Universal de 1929— es una historia que se sitúa en la extrema periferia: tanto sobre el plano de la ciudad, como dentro del orden del discurso. Posiblemente ningún proyecto de transformación de tanta envergadura, entre los que marcaron el principio de milenio en la capital catalana, fue tan profundamente desconocido y malinterpretado por la población de la ciudad: en ningún otro barrio la «narrativa legitimadora» que las autoridades municipales utilizaron para justificar la actuación urbanística, caló tan hondo dentro de la opinión pública. Presentando como un «proceso participativo» la decisión unilateral de derribar casi 800 viviendas sociales de planta baja para sustituirlas por mil pisos de nueva construcción, un ayuntamiento de izquierdas había logrado tergiversar radicalmente la historia y los significados que los habitantes del barrio asociaban con su territorio, suplantándolos con una construcción retórica que movía sentimientos muy arraigados en la conciencia colectiva.²

Este trabajo es el resultado del contacto mantenido a lo largo de muchos años entre nuestro grupo de investigadores —el Grup de Treball Perifèries Urbanes del Institut Català d'Antropologia— y una serie de vecinos del barrio de Bon Pastor contrarios al proyecto de demolición de las casas baratas. En el origen de nuestro acercamiento al barrio hubo la necesidad, expresada localmente, de encontrar nuevas herramientas para oponerse a la planificación urbanística; una investigación sobre la historia, la cultura y las formas de vida asociadas a las casas baratas se vio claramente como una forma de defender el patrimonio inmaterial del barrio, asociado a la forma urbana de la que Bon Pastor era uno de los últimos ejemplares existentes en Barcelona. Por eso, todo este trabajo se sitúa a medio camino entre la investigación y el activismo político; en línea con la tendencia global de «antropología implicada» —*engaged anthropology*— que está tomando forma

1. El título es una paráfrasis de *Ask to the dust* (1939), novela de John Fante sobre la gran depresión americana.

2. Incluso en el momento de la publicación de este trabajo, pocos barceloneses saben que en las casas baratas de Bon Pastor todavía viven, pagando regularmente el alquiler, unas 350 familias, es decir, la mitad de su población inicial. Sobre la estigmatización territorial en ámbito urbano, véase Wacquant, 1999, 2007, y más adelante, p. 267.

en las últimas décadas, la etnografía se convierte en una aportación a un movimiento que se opone a la planificación urbanística contemporánea, estudiando las «consecuencias humanas» de procesos globales.³ Al mismo tiempo, abordando la historia «de larga duración» de uno de los barrios históricos del anarquismo barcelonés, que fue baluarte de las luchas sociales de Barcelona durante casi un siglo, este trabajo pretende aclarar las dinámicas de conquista y pacificación de los espacios rebeldes e impermeables al control institucional; la operación urbanística se analiza así bajo la óptica del *revanchismo*, teorizado por el desaparecido Neil Smith, pero también dentro del proyecto colectivo de construir una «antropología anarquista», sobre el cual muchos investigadores trabajan desde el cambio de milenio.⁴

La investigación pudo realizarse concretamente en el marco de las convocatorias del Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya, entidad dependiente del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, con un contrato que la asociación *Avis del Barri de Bon Pastor* firmó por los años 2009-2012.⁵ El nombre de esta asociación, surgida a partir de la protesta contra el plan urbanístico, significa «abuelos del barrio»; fueron ellos quienes promovieron el proyecto que realizó nuestro equipo de investigación, coordinado por el profesor Manuel Delgado (Universitat de Barcelona), e integrado por dos antropólogos (Stefano Portelli, Núria Sánchez Armengol), una historiadora (Ulrike Viccaro), una arquitecta (Isabel Cadenas) y una habitante de las casas baratas (Sandra Capdevila Sardaña). Muchas personas más contribuyeron, tanto desde el ámbito del activismo social, como desde el ámbito de los estudios urbanos, desde la Junta Directiva de Avis del Barri, y desde muchos otros círculos de vecinos del barrio y de barrios cercanos. Como explicaremos, esta convergencia de fuerzas no fue fácil de gestionar: la multiplicidad de puntos de vista, de referentes e intereses en juego hacía que unir todos los esfuerzos

3. Bauman, 1999; Respecto a la *engaged anthropology*, Hale, 2006; Low, Merry, 2010; Herzfeld, 2010.

4. Sobre el revanchismo urbano: Smith, 2013 (1996). Respecto a la «antropología anarquista que casi existe», Graeber, 2011 (2004); Roca (ed.), 2008.

5. Véase Portelli, 2014b. Una crónica del primer contacto con el barrio se encuentra en Portelli, 2008. La reconstrucción histórica se realizó gracias a una subvención del Memorial Democràtic de Catalunya: ver el documento *Represàlies i resistències a les cases barates de Bon Pastor*.

en un trabajo colectivo a menudo nos pareciese imposible. Pero un objetivo común hizo de puente entre estas diferencias: la necesidad de construir un discurso crítico sobre la ciudad y las culturas que la integran, que ayudase a oponernos a los estereotipos dominantes y al «mito de la marginalidad» con el cual se legitiman las intervenciones urbanas más destructivas.⁶

Así concluían Núria Sánchez Armengol y Ulrike Viccaro el artículo de *Infograma* sobre la demolición de Bon Pastor:

A pesar de todo, confiamos en que la versión que lo hace desaparecer, la que dice que era un barrio degradado y obsoleto que no encajaba con la modernidad del actual modelo de Barcelona, podrá ser contrarrestada por la versión de los que lo conocimos: la que nos recuerda que no hace mucho Bon Pastor era uno de los últimos lugares de la ciudad donde las calles servían para alguna cosa más que para ir de un sitio a otro. Antes de que la nada se apodere del barrio y su recuerdo, como ha hecho en otros muchos lugares de la ciudad, tomemos notas que dejen constancia de que fue un barrio levantado y mantenido por las luchas de sus vecinos, cuando en la ciudad se producía alguna cosa más que diseño y superficialidad.⁷

Lucha social, espacio y cultura popular

Realizamos las primeras entrevistas en verano de 2004, con el objetivo de averiguar si era cierto que, como hacía creer la prensa, los habitantes de las casas baratas deseaban el derribo de su barrio. El Patronato había dividido el mapa de la remodelación en cuatro «fases», de unas 150-200 viviendas cada una; escogimos la «primera fase», las 145 casas más cercanas al centro de Sant Andreu, para realizar estas entrevistas. Sus habitantes eran los que primero iban a entrar en el vivo del proceso de derribo y realojo en los nuevos pisos.

Como en muchas zonas en transformación en la Barcelona de aquellos años, una retórica celebrativa acompañaba las demoliciones masivas y las nuevas construcciones que iban modificando rápida-

6. Perlman, 1976.

7. *Infograma* n.º 53, 2007.

mente la fisonomía de la ciudad. Eran los años del *Fórum de las Culturas* de 2004, promovido por el alcalde socialista Joan Clos (ahora presidente del programa internacional ONU-Habitat); algunas voces críticas ya resaltaban el abuso de urbanismo que se hará manifiesto en la década siguiente. Una genérica continuidad discursiva ligaba la propaganda de las nuevas actuaciones del «modelo Barcelona» al entusiasmo de las Olimpiadas de 1992, justificando así la demolición de enormes extensiones de territorio metropolitano. El mismo David Harvey había evidenciado la contradicción representada por el hecho de que la popularidad internacional de Barcelona estaba provocando la desaparición de muchas de las zonas que le habían permitido alcanzar esta popularidad, es decir, muchos de los barrios que conformaban las raíces de su «capital simbólico».⁸

Estas transformaciones llegaron incluso a movilizar las conciencias de algunos antiguos defensores del «modelo». El urbanista Jordi Borja, por ejemplo, próximo a la administración desde la transición democrática, en 2005 escribió que los barceloneses sentían un cierto «malestar urbano»: «El encanto de los años ochenta, el momento mágico del 92, el consenso activo que entonces había suscitado el urbanismo, ya ha pasado». A pesar de la popularidad internacional y la indudable calidad de vida que la ciudad seguía ofreciendo, sus habitantes «se sienten progresivamente expropiados de su ciudad [...]. La ciudad se ha hecho “global” y los ciudadanos “locales” se sienten expropiados».⁹ Nuestro grupo de investigación ya llevaba un tiempo entrevistando a vecinos de Barcelona efectivamente «expropiados» de sus casas y lugares de trabajo: la palabra usada por Borja nos resonaba más que como una mera metáfora. Nuevas construcciones se extendían por el área metropolitana engullendo el tejido urbano preexistente como la Nada que avanza: grandes agujeros se abrían en medio de la ciudad, que recordaban Mostar bajo las bombas, o Berlín después

8. Harvey, 2002: «[...] la gentrificación desplaza los habitantes históricos y destruye el tejido urbano antiguo, y Barcelona pierde algunos de sus signos distintivos».

9. Borja, 2005, trad. nuestra. Véase también Borja, 2009, p. 145. Las críticas hacia el «modelo Barcelona» se generalizaron los siguientes años: en 2012 el Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA) organizó un ciclo de conferencias con el título *Barcelona del modelo a la marca, de la marca a la crisis*, con mesas de debate como «Crear un monopolio basado en el expolio», o «Marcar la ciudad al ritmo del *branding*». Véase Balibrea, 2001; UTE 2004; Capel, 2005; Delgado, 2005; Amelang, 2007.

de la caída del muro. Por un lado, nuevos edificios de oficinas o rascacielos se levantaban con impresionante rapidez; por otro, los niños jugaban durante años entre montañas de escombros y material de obra abandonado.¹⁰ En estos territorios afectados, el «malestar urbano» asumía un carácter de alarma, de urgencia, a menudo llegando al umbral del sufrimiento y del trauma.

En una de las entrevistas más impactantes que realizamos en 2004, una mujer casi ciega de la calle Granadella, que fue desahuciada tres años después, nos describió toda la operación con estas palabras:

María Martínez Cánovas: Hemos estado abandonados; nos han cobrado lo que han querido; y luego después, no quieren ahora más que robarnos. Eso es robarnos: robarnos la dignidad y robárnoslo todo: porque ¡son unos ladrones! Dígaselo que lo he dicho yo: a mí me importa un pito que se lo digas. Porque esto no se hace con las personas. Lo que hubieran tenido que hacer es arreglar nuestras viviendas hace tiempo ya. Yo aquí me he gastado dos millones de pesetas, porque se vinieron mis nietos a vivir, y dos millones que he perdido; ahora me la quieren tirar, porque estoy viviendo como una persona. [...] Qué quieren de nosotros, ¿que cojamos una ametralladora y los matemos? [...] Hay personas aquí que les he tenido que dar de comer, porque no tienen de que comer: ¿van a pagar una [limpieza de] escalera? ¿Van a pagar un ascensor? [...] La cuestión es que nosotros no queremos que tiren las casas: porque es nuestra vivienda, hemos vivido toda la vida aquí. Yo tengo 84 años, [...] ¿Me tengo que ver ahora en la calle? ¿O en un piso como una jaula?¹¹

Antes que en Bon Pastor, en Barcelona ya se habían derribado dos grupos de casas baratas, las de Baró de Viver y Eduard Aunós, respectivamente a finales de los años ochenta y a inicio de los noventa. Como entonces, también a los habitantes de las 784 viviendas de Bon Pastor se ofrecía la posibilidad de trasladarse a pisos de nueva construcción, edificados en el mismo barrio, con unas subvenciones para adquirir la propiedad. Vistas desde fuera, estas actuaciones podían parecer respetuosas con las necesidades y deseos de calidad de vida de

10. Esta imagen se utilizó también en el documental *No-res [Nada]* (2011), sobre el derribo de otro barrio popular de la ciudad, la Colònia Castells.

11. María Martínez, 12/7/2004.

los habitantes; sin embargo, las voces de los afectados nos restituían la percepción de un acto de violencia y menosprecio, un proyecto especulativo impuesto a una población que había sufrido siempre las consecuencias de una gestión urbana discriminadora. Aunque encontramos, naturalmente, un importante número de personas favorables al derribo, las posturas de los habitantes más arraigados al barrio eran sorprendentemente uniformes: entre las más de 100 entrevistas que realizamos en aquel momento, al menos 80 nos hicieron entender que la demolición estaba despertando inquietudes y dolores antiguos. Incluso entre los que se declaraban favorables al realojo en los nuevos bloques de pisos, «modernos» y confortables, muchos sufrían un malestar vinculado con el cambio y con la pérdida del estilo de vida propio del barrio. Una increíble variedad de posturas desafiaba las simplificaciones del discurso oficial, revelando las complejas construcciones culturales que los habitantes asociaban con el espacio y su transformación; la afectación urbanística se desplegaba en centenares de afectaciones individuales, todas diferentes, pero caracterizadas por una serie de patrones y elementos comunes que se nos manifestaban como parte de una construcción cultural colectiva.¹²

El barrio que estábamos conociendo era una «ciudad horizontal», donde los habitantes sentían formar parte de una «gran familia». La fundación de los barrios coincidió con una época — finales de los años veinte — de increíble fermento cultural y político de las clases populares de la ciudad, culminado con la revolución y la guerra civil: los cuatro barrios acogieron migrantes de Murcia y de otras partes del Estado atraídos por la expansión industrial, o deportados de forma más o menos forzada desde otras zonas de la ciudad. Esta mezcla, como escuchamos de las voces de quienes vivieron partes de esta historia, conformó uno de los barrios más revolucionarios e irreductibles de la ciudad, donde la huelga de alquileres duró una decena de años, y donde miles de jornaleros llegados a Barcelona pocos años antes se alistaron en las milicias antifascistas, sobre todo aquellas vinculadas al anarcosindicalismo de la CNT-FAI. La horizontalidad morfológica del barrio, insólitamente preservada pese al crecimiento de la ciudad,

12. El análisis de estas primeras entrevistas, disponible en PVCE, 2005, se presentó como prueba técnica en el contencioso-administrativo que la asociación Avis del Barri había interpuesto en contra del Plan de Remodelación.

guardaba el recuerdo de un tiempo de horizontalidad social, fracasado políticamente con la conquista militar de Barcelona por parte del ejército franquista. Sin embargo, su herencia parecía mantenerse escondida entre la vida cotidiana «horizontal» que los habitantes todavía mantenían en las calles y las plazas del barrio.

Siguiendo con las entrevistas, percibimos que la definición de «lugar de la memoria» de Pierre Nora se nos quedaba corta para describir la relación de este barrio con su pasado. Bon Pastor era un verdadero monumento vivo a la historia popular de Barcelona: la morfología urbana peculiar, y la distancia respecto al centro de la ciudad, habían permitido el mantenimiento de identidades y formas de gestión de la convivencia muy diferentes de aquellas dominantes. Su demolición, por tanto, tenía implicaciones muy profundas. La reordenación de los habitantes en una nueva forma urbana, unos bloques de pisos «verticales», estaba teniendo un impacto sobre la organización de las relaciones sociales, sobre las identidades, sobre la transmisión de la memoria. Utilizando la famosa expresión del urbanista Kevin Lynch, el derribo estaba haciendo caer la «legibilidad» del territorio, es decir, su potencialidad, históricamente determinada, de representar un marco de referencia al mismo tiempo simbólico y práctico para la acción y para la regulación de las relaciones internas.¹³

La etnografía podía dar cuenta del impacto y de las implicaciones de esta «verticalización» del espacio. Como demostró Bourdieu en el famoso estudio sobre la casa de los kabyls de Argelia, entre espacio físico y orden social hay una relación de «correlativo objetivo»; el espacio refleja y permite el mantenimiento de determinados comportamientos y cosmovisiones.¹⁴ Algunos etnógrafos de época colonial observaron como precisamente la reordenación del espacio fue un elemento clave para acelerar la enculturación y la conquista de poblaciones indígenas. El propio Lévi-Strauss escribió en *Tristes trópicos*:

La distribución circular de las chozas alrededor de la casa de los hombres tiene una importancia tan grande en lo que concierne a la vida social y a la práctica del culto que los misioneros salesianos de la región del Rio das Garças comprendieron rápidamente que el medio más

13. Lynch, 1998 (1960), pp. 4-5.

14. Bourdieu, 2006 (1972).

seguro para convertir a los bororo es el de hacerles abandonar su aldea y llevarlos a otra donde las casas estén dispuestas en filas paralelas. Desorientados con relación a los puntos cardinales, privados del plano que les proporciona un argumento, los indígenas pierden rápidamente el sentido de las tradiciones, como si sus sistemas social y religioso (veremos que son indisolubles) fueran demasiado complicados para prescindir del esquema que se les hace patente en el plano de la aldea y cuyos contornos son perpetuamente renovados por sus gestos cotidianos.¹⁵

Otro etnógrafo francés, Robert Jaulin, consideró la transformación del espacio vital de los indios Motilones, en la Amazonia colombiana de los años setenta, como uno de los instrumentos que aceleraron su *etnocidio*. «Vamos a mostrar a continuación — escribe Jaulin— cómo una modificación insólita del hábitat no sólo provoca un malestar físico, sino que perturba gravemente las relaciones humanas, la intimidad de la familia, algunas cualidades morales, el equilibrio social, la organización de las responsabilidades, un orden y una nobleza que habían provocado nuestra admiración».¹⁶ Por cuanto pueda parecer insólito aplicar estas reflexiones a un ámbito urbano, sin embargo, el concepto de etnocidio no está lejos del proceso que describió Pasolini, observando la transformación de las periferias de Roma en los años cincuenta y sesenta: el «genocidio cultural», la demolición sistemática de la cultura popular, en nombre del progreso, realizada también a través de la transformación de los espacios habitados. En Bon Pastor asistimos a un proceso de derribo que desde el plan urbanístico transitó hacia el nivel social, homogeneizando las diferencias y peculiaridades históricas y políticas de los habitantes, e imponiéndoles una nueva forma espacial y una nueva identidad. Cuando, en el último capítulo del presente trabajo, describamos las diferentes articulaciones del malestar provocado por la transformación del espacio del barrio, nos resonarán quizás las palabras de Robert Jaulin desde la selva amazónica: «En pocos años, la “paz blanca” costó [...] ochocientos muertos. Aunque el período de las grandes epidemias llegue a su fin, la causa de esta destrucción permanece en pie pues estas epidemias se injerta-

15. Lévi-Strauss, 2006 (1955), p. 263.

16. Jaulin, 1970, p. 65, traducción nuestra.

ron sobre una modificación sistemática del orden y de los modos de existencia indígenas». ¹⁷

Mito negativo e investigación colaborativa

Las casas baratas de Barcelona, en general, siempre se incluyen en las investigaciones sobre «infravivienda» o barrios marginales, asimilándolas así a zonas que tienen historias y formas urbanas radicalmente distintas, como los barrios de barracas. Con la excepción del reciente trabajo de Pere López Sánchez sobre la historia de uno de estos grupos en los años treinta, las únicas publicaciones específicas sobre esta forma urbana fueron encargadas por el *Patronat Municipal de l'Habitatge* (Patronato Municipal de la Vivienda), la entidad que construyó y gestionó los cuatro conjuntos, y que todavía detenta la propiedad legal de los terrenos. ¹⁸ Esta falta de estudios contribuyó a la difusión de una mitología negativa, paralela a la que se desarrolló sobre otros barrios de Barcelona: un *discourse of Evil*, como el que Gary McDonogh describió respecto al Raval. ¹⁹ Encontramos ejemplos de esta mitología incluso en la literatura de ficción, como en el clásico *La ciudad de los prodigios* de Eduardo Mendoza: en el marco de la reconstrucción novelada de la Barcelona de los años veinte, se describen los barrios de casas baratas recientemente estrenados, como reductos de una humanidad decadente y sórdida, hasta bestial.

Para remediar esta situación las autoridades fomentaban y subvencionaban la construcción de grandes bloques de viviendas llamadas «casas baratas». En este tipo de casa no sólo era barato el alquiler: los materiales empleados en su construcción eran de calidad ínfima, el cemento era mezclado con arena o detritos, las vigas eran a veces traviesas podridas desechadas por los ferrocarriles, los tabiques eran de cartón o papel prensado. Estas viviendas formaban ciudades satélites a las que no llegaba el agua corriente, la electricidad, el teléfono ni el gas; tampoco

17. *Ibid.*, p. 16.

18. López Sánchez, 2013; Sagarra, 2002; Checa y Travé, 2002, 2003, 2007; Domingo y Sagarra, 1999.

19. McDonogh, 1987.

había allí escuelas, centros asistenciales ni recreativos ni vegetación de ningún tipo. Como también carecían de transportes públicos sus habitantes se desplazaban en bicicleta. La pendiente pronunciada de las calles de Barcelona resultaba extenuante para los ciclistas, que ya llegaban cansados al trabajo, en el cual a veces fallecían. Las mujeres y los enanos preferían el triciclo, más cómodo y seguro, aunque menos ligero y práctico. En las casas baratas las instalaciones eran tan deficientes que los incendios y las inundaciones eran cosa de todos los días.²⁰

«Por diversas razones — escribe José Manuel Márquez — se ha forjado sobre las casas baratas una historia poco agradable con calificativos hirientes hacia su gente, cuando no de rechazo descarado, alimentado a menudo por tópicos muchas veces repetidos».²¹ Desde nuestra primera aproximación al barrio de Bon Pastor, vimos claramente como los habitantes de las casas baratas rechazaban este tipo de narrativas, por ejemplo reivindicando la calidad de las casas, respecto a su época: recordando que tenían agua y luz desde el momento de su entrega, o que los materiales de construcción habían permitido que, adecuadamente cuidadas, las casas se mantuviesen en buenas condiciones durante ochenta años. Algunos habitantes nos sintetizaban esta oposición al discurso dominante con expresiones como: «¿Barracas? ¿Crees que esto es una barraca?» o «¡De baratas, nada!». Mostrándonos orgullosamente los interiores de sus casas, muchos habitantes definían su «calidad de vida» en términos que contrastaban duramente con la ideología que legitimaba el derribo. Las casas eran garantía de un estilo de vida que permitía el juego libre de los niños en la calle, la proximidad convivial entre los vecinos, la autonomía de las personas ancianas sentadas juntas en los escalones de la puerta o paseando por las plazas. Esta calidad se perdía con el traslado hacia una nueva organización espacial hecha de escaleras, de ascensores, de porterías y aparcamientos subterráneos; tal y como en los barrios ya derribados, donde en gran medida se echaba de menos la vida «a pie de calle» perdida con el realojo en los nuevos pisos.

Los intentos de descripción o de acercamiento por parte de intelectuales o periodistas a estos territorios, generalmente no habían he-

20. Mendoza, 2000 (1986), pp. 372-373.

21. Márquez, 2000, p. 82.

cho más que reproducir este mito negativo, escondiendo la «calidad de vida» percibida en el interior del barrio. Para ilustrarlo, bastará con mencionar el referente literario principal de las casas baratas, el periodista y escritor Francesc Candel. Exseminarista, entre los años cincuenta y sesenta publicó una serie de novelas ambientadas en el barrio de Eduard Aunós, basándose en los recuerdos de su infancia. Con una célebre expresión, Candel definió colectivamente como «los otros catalanes» a los migrantes del sur que vivían en Barcelona, alojados precariamente o realojados en los nuevos barrios; con este término, empero, agrupaba tanto a los recién llegados como a los que ya llevaban casi medio siglo. Cuando en 1957 salió su primera novela, *Donde la ciudad cambia su nombre*, los habitantes de Eduard Aunós lo denunciaron, y parece ser que tuvo que encerrarse en casa durante algunos días, por miedo a represalias. Sólo la intervención de la Guardia Civil salvó del linchamiento a su informante principal, responsable de la filtración de informaciones.²² Más adelante los habitantes se reconciliaron con el escritor: su simpatía humana (y cristiana) hacia los habitantes de las barriadas periféricas es evidente en todos sus libros. Aun así, las historias que se narran son fácilmente reconocibles, con nombres y apodos de los habitantes, a menudo convertidos en estereotipos folclóricos, e insistiendo en los aspectos más degradados de la vida cotidiana en la barriada.

Las mujeres cosen y charran en el portal de una un día y en el portal de otra el otro. Se piden y se prestan —a regañadientes, según qué veces— cacharros y utensilios de cocina y un poquito de sal y un pellizco de pimentón. Ponen las radios a todo gas, a toda marcha, para poderlas oír desde la calle, mientras toman el sol o la sombra, depende. Y se despionjan unas a otras, las mujeres, y los hombres fuman, dándose tabaco unos a otros, parsimoniosamente, con cachaza. En resumidas cuentas: reina una camaradería, una igualdad, una especie de comunismo en el que parece ser todo de todos, un poco a lo torre de Babel, con ciertas disidencias de vez en cuando, con ciertas discrepancias que terminan a gritos y trompadas si son hombres; a gritos y tirones de moño si son mujeres, y, en alguna ocasión, de tarde en tarde, para amenizar la cosa, a puñaladas.²³

22. Domingo y Sagarra, 1999, p. 95.

23. Candel, 2008 (1964), p. 46.

Según explica Gary McDonogh, en torno a los habitantes del Raval se había construido «una serie de mitos que son controlados desde el exterior del barrio, pero que determinan de forma agresiva las vidas de los que están atrapados adentro». Los habitantes del barrio no tienen forma de controlar el discurso que ven articularse sobre su territorio, y que no corresponde en gran medida con su experiencia personal. Un amigo del Raval un día le dijo claramente a McDonogh: «¡Todos los que escribís libros sois idiotas! Nunca conseguiréis entender el barrio». Esta opinión, explica, era compartida por muchos de los que habían leído los libros publicados sobre el barrio.²⁴

¿Cómo podía construirse una descripción de las casas baratas que no repitiese estos estereotipos ofensivos, que no confirmase los prejuicios? Todo nuestro trabajo y colaboración con Avis del Barri fue un intento de respuesta a esta pregunta. Paradójicamente, la peculiar situación de inminente derribo vivida por los habitantes de Bon Pastor, nos situó en una posición privilegiada respecto a otros investigadores. Dentro del paisaje urbano de demoliciones y transformación radical de la ciudad a principios de milenio, todos los integrantes de nuestro grupo, antes que investigadores, éramos activistas de los llamados «movimientos sociales»: muchos habíamos sufrido en nuestra piel desahucios y derribos de lugares significativos para nuestras vidas, en algún caso también de nuestras casas, de forma parecida a lo que estaba sucediendo con los habitantes de Bon Pastor. Nuestra urgencia por articular un discurso crítico sobre la ciudad, estudiando los aspectos y zonas menos conocidas, respondía también a la voluntad de romper las barreras de los «guetos» ideológicos de los activistas políticos de esa época, en frente de la evidente situación común de indefensión que nos afectaba a todos y todas, creando alianzas con otros sectores críticos de la ciudadanía. Así, la exigencia que sentían los Avis del Barri de expresar y dar a conocer sus opiniones fuera de las fronteras restringidas de su territorio, encontró una correspondencia con nuestra necesidad de conocer otras formas de resistencia y de oposición al urbanismo dominante, en zonas de la ciudad donde difícilmente llegaban los «militantes» de nuestros movimientos.

Esta investigación, por lo tanto, nace y se desarrolla como una

24. McDonogh, 1987, pp. 174-176.

«investigación colaborativa» —*collaborative ethnography*—, tal y como se han ido definiendo estas experiencias a nivel internacional.²⁵ Es el producto de una negociación constante entre habitantes del barrio e investigadores externos, desde el momento de la recopilación del material hasta el momento de la redacción definitiva del texto. El desahucio forzoso vivido por algunas familias del barrio el año 2007, representó el comienzo de una serie de relaciones que continuaron hasta día de hoy —no sólo de trabajo, sino de convivencia, de apoyo mutuo, de complicidad, de fiesta— de las cuales esta monografía es una consecuencia, aunque no el objetivo. En el extraño espacio de un barrio a medio derribar, en un momento de transición entre una antigua forma y una nueva todavía difícil de imaginar, nuestra historia se entrelazó durante muchos años con la historia de una serie de habitantes: con ellos produjimos el material para la investigación, entrevistamos a los vecinos, compartimos la cotidianidad, recopilamos documentos, artículos, fotos y vídeos, pero también participamos en actividades juntos, fuimos a manifestaciones, organizamos charlas, protestas y proyectos, compartimos ideas, puntos de vista, conflictos, tensiones y esperanzas.

Durante este tiempo, tuvimos que poner en duda nuestras identidades, nuestras historias, nuestras diferencias y similitudes. A partir del intento de romper las barreras invisibles que separan los habitantes de la ciudad entre ellos, tuvimos que aprender a mirarnos con los ojos del otro, a superar la desconfianza y los estereotipos, a encontrar los puntos de contacto y al mismo tiempo a tutelar nuestras idiosincrasias e intimidades, a contener los sentimientos de superioridad o de inferioridad. Veremos que no fuimos los primeros para los cuales estos barrios representaron un espacio de negociación y reconstrucción de identidades. La «ciudad horizontal» nos obligó a conocernos de otra manera, a ponernos a prueba, a encontrar nuevas formas de reflexión y de lucha, capaces de cruzar las barreras y los márgenes. Como escribe el arquitecto griego Stavros Stavrides, que visitó las casas baratas en 2010, para preparar una propuesta para el concurso *Repensar Bonpastor*, «¿Podría la ciudad de los márgenes convertirse en el equivalente espacial de un proyecto emancipatorio basado sobre

25. Lassiter, 2005; Rappaport, 2008.

la negociación entre identidades diferentes pero abiertas, en el proceso de inventar colectivamente el futuro?».

Es en los márgenes donde se aprende a conocer y relacionarse con los otros: las dificultades comunes ayudan a vernos como iguales, como miembros de una unidad de nivel superior, sometidos a los mismos procesos de exclusión y expolio, dirigidos por las mismas esperanzas y voluntad de reacción, a partir de la necesidad imprescindible de convivir pese a los conflictos, y de resistir a una opresión común. No obstante los intentos de control desplegados desesperadamente por el poder, a través de estigmas o derribos, esta potencialidad que tienen los márgenes para crear sociedad, o contrasociedad, siempre puede resurgir.

Para acercarse a la alteridad en un acto de recíproca conciencia, hay que habitar cuidadosamente sobre el margen. En este territorio de transición, que no pertenece a ninguna de las partes vecinas, uno puede entender que es necesario sentir la distancia para poder construir un puente. La hostilidad surge del mantenimiento y del aumento de la distancia, mientras que la asimilación emerge de la obliteración de la distancia. El encuentro se realiza manteniendo la distancia necesaria y cruzándola al mismo tiempo. La sabiduría oculta en la experiencia del margen está en la conciencia de que la alteridad puede gestionarse abriendo las fronteras de la identidad, formando, por así decirlo, zonas intermedias de duda, de ambivalencia, de hibridación, zonas de valores negociables.²⁶

Las tardes de verano algunos niños juegan a mojarse alrededor de las fuentes. Es imposible no intercambiar miradas, o acaso un saludo, al pasar por delante de pequeños grupos de vecinos que controlan las calles apoyándose en alguna furgoneta aparcada, o sentados en sillas delante de casa. Aunque circulan vehículos, a menudo se escuchan los pájaros en los árboles: a veces, sobre todo a principio de la tarde, el barrio se sumerge en un gran silencio, que quien vive en la ciudad no está acostumbrado a disfrutar. El trasfondo de los coches corriendo por la ronda Litoral, la autopista subterránea junto al río Besòs, nos recuerda que estamos en Barcelona y no en un pequeño pueblo rural.

26. Stavrides, 2011, p. 18, trad. nuestra.

A veces se oye alguna voz o grito en la calle, alguien que pide que le abran la puerta, o que reclama la atención de otro; o el ruido metálico que anuncia al butanero, o un carro de supermercado lleno de chatarra que se arrastra por el asfalto. Otras veces, una anciana que lleva lentamente la compra a casa, cruza la plaza sumergida en el silencio. Por la noche, a menudo se escuchan televisiones o conversaciones dentro de las casas, o la música de los coches con las puertas abiertas; es habitual, paseando por las calles, oír a la gente roncar a través de las ventanas abiertas.

Cuando hace sol, en las plazas, grupos de jóvenes y no tan jóvenes sacan las jaulas de los pájaros que entrenan en canto y preparan para competiciones. En ocasiones, de los corrillos de chicos discutiendo en torno a los pájaros, uno sobre una moto, otro sobre un banco, se suelta algún cante flamenco, acompañado de palmas: rápidamente engullido por risas o conversaciones. Una noche de lluvia, en verano, mientras cruzábamos el puente del Molinet que conecta Santa Coloma de Gramenet con Bon Pastor, nos encontramos a tres gitanos que cantaban por bulerías, amparados bajo la gran «Llosa» de placas fotovoltaicas situada encima de la ronda Litoral. Estábamos solos en la gran explanada de cemento: sus voces y rasgaos pulidos de guitarra cubrían el ruido de la ronda abajo, y el de la lluvia arriba. Un niño, hijo o sobrino de uno de ellos, nos miraba extrañado: como si el espectáculo fuésemos nosotros, que habíamos parado a escuchar, y no el solitario concierto de flamenco, que como público sólo tenía el río Besòs, la lluvia, y las placas fotovoltaicas de «la Llosa»:

*Hay cosas en este mundo, que yo no puedo entender
El misterio de la vida, nacer, morir ¿para qué?
Pero una de tantas cosas, la que más me vuelve loco
es que yo te quiera tanto, ¡y tú me quieras tan poco!*

*Quién se meta con nosotros
¡tendrá problemas, tendrá problemas, tendrá problemas!
Quién se metan con los del Buen Pas,
¡tendrán problemas, tendrán problemas, tendrán problemas!²⁷*

27. Sic. Tanguillo improvisado en las casas baratas de Bon Pastor, reproducido en el documental *¿Subes al carro?* (2008) en el minuto 5'30".

Del diario de campo de Clara Nubiola²⁸

Sábado diez de la mañana. Salida «turística». Vamos a descubrir Bon Pastor. Barrio de Barcelona al que he rozado algunas veces pero nunca he visitado. Diez grados, moto y dos cascos. ¿Por qué Bon Pastor? Descubrimos un concurso y detrás del concurso un barrio y detrás del barrio unas casas y detrás de las casas un pasado, presente y futuro proyecto de demolición. Son las «casas baratas de Bon Pastor», un conjunto de 784 casas bajas (de las que ya han demolido una buena parte) expuestas al Sr. Plan de Remodelación que ha decidido tirarlas al suelo para construir unos fantásticos bloques clonificados y que harán del barrio de Bon Pastor un barrio anónimo más, un barrio para encapsular.

[...] El Sr. Plan de Remodelación sabe lo que conviene y unos pisitos lindos y con 30 metros más de regalo serán mucho mejor que esas insalubres casas.

[...] Aparcamos la moto y llegamos a ese supuesto espacio degradado y «tercermundista» que es el barrio de Bon Pastor. Gente que va al mercado, compradores de pan y paseadores profesionales y gente, mucha gente que se saluda por la calle. ¿Cuánto tiempo hace que no saludo a alguien en mi calle?

Delante, las casas baratas, rodeadas de horribles pisos de obra nueva que parecen maquetas de pladur. Un gueto, un pequeño gueto de supervivencia, es lo primero que pienso. Vamos a por el café que hace frío. ¿Boniato? Sí sí, boniato también. Adiós panadería. Nos vamos a andar.

Siempre el dilema. Yo incursora del centro de la ciudad, con mi cámara en mano y mi actitud de turista, ¿cómo debo moverme? Las invasiones de espacios nunca fueron bien vistas y si no que les pregunten a los antropólogos.

Las degradadas casas baratas de Bon Pastor. ¿Qué esperábamos encontrar? Casas abandonadas pendientes de demolición, calles desiertas y dejadez. ¿Qué nos encontramos? Un barrio. Un barrio vivo. Casas pequeñas con techos de ladrillos de los de verdad, geranios en las puertas, sillas en la calle, señoras que van a la compra, silencio, calles tran-

28. Este texto fue publicado el 14/12/2009 en el blog <<http://losvaciosurbanos.blogspot.org>> con el título «Nuestra primera visita a Bon Pastor» [consulta: 20/4/2011]. Nubiola describe la visita que realizó su equipo al barrio de casas baratas, en preparación de su propuesta para el Concurso de ideas *Repensar Bon Pastor* (ver pp. 338-341); el bar Can Mariano mencionado se encuentra en la calle Arbeca, y es el antiguo bar de Mari «la Maja» del cual hablaremos más adelante.

quilas donde la gente vive, saluda y se mira y se conoce y se pregunta. Casas pintadas, casas personalizadas, cada una su carácter, cada una, una familia. Increíble.

Queremos preguntar y no sabemos cómo y mientras, nos vamos moviendo con nuestras cámaras click click. Una plaza con su fuente, un perro de cuatro meses, un señor que saluda, una señora que nos mira, reggaeton de una ventana, un coche en obras, coleccionistas de pericos y las obras.

Llegamos a las obras. De repente el paisaje se corta. Y llegan las obras. Aún los restos de las últimas casas derribadas y enfrente lo que serán las nuevas casas de Bon Pastor. Da miedo. Sí. Han dejado un espacio entre los dos bloques al que deben llamar espacio público ajardinado. Un trozo de verde con un tobogán pero allí no hay nada. Un solar vacío y unas grúas sin conciencia que siguen ordenando la ruina de lo que ayer eran casas habitadas.

Fotos, fotos, fotos y el extraño sentimiento de que a una misma le están robando algo que le pertenece. La historia. El barrio. La identidad. Es una frontera: a un lado el vacío, el solar, el bloque; al otro, aparentemente ajeno pero mirando de reojo, las casas bajas, la vida, la vecindad.

Volvemos a nuestro lado de la frontera. Hay que preguntar. ¿Mejor lugar? La bodega. Vermut y cigarros siempre fueron buenos conversadores. Hemos localizado al Bar Can Mariano dentro de una de las casas baratas.

Barra, vermut, anchoas y patatas. Todo bueno y además las anchoas de regalo. Dos mujeres, las camareras, y doce hombres, los clientes. Nosotras en nuestra barra conversamos a dos y discutimos sobre el concurso, sobre las posibilidades de frenar la demolición, sobre, sobre, sobre y además de sobre, nerviosas. Segundo vermut.

Pregunta la chica de detrás de la barra. «¿Buenas las anchoas? Pues ahora boquerones». «Sí sí. Todo bueno. Nos apuntamos el bar en la agenda que es la primera vez que venimos al barrio y estamos encantadas». «¿Y cómo habéis llegado hasta aquí?» «Por lo del concurso y las demoliciones».

La palabra concurso abre la caja de Pandora. El bar y sus rotaciones se vuelcan a opinar, debatir, explicar, historiar. Nos cuentan. Nadie, nadie en el bar apoya la demolición por mucho piso nuevo y mandangas que prometan. «Que no. Que esto es impagable, que no saben los que viven en pisos lo que es vivir en una calle casi peatonal de casas bajas y patios. Que a nosotros no nos la venden. Se piensan que somos tontos. Anda que no vale el terreno ni hostias. Lo que quieren es especular que

aquí molestamos porque somos pobres y encima pagamos poco. Pero joder, que nos permitan comprar las casas, que nos suban los alquileres si hace falta y que nos dejen en paz. Especuladores». Nos explican la vida en el barrio. Cuando llegaron, la historia de sus padres, las relaciones de vecinos que más que vecinos son parientes, la vida en la calle.

Nosotras escuchamos mientras yo voy pensando que yo nunca tuve barrio. Mi barrio era barrio muerto y aburrido. No son solo la casa o el paisaje los que cuentan. Son las relaciones. Las historias. Las personas.

Entra y sale gente y nadie deja de opinar, de contar, de sentir. De repente una de las chicas del bar aparece con un álbum de fotos. Son las fotos de la boda de sus padres. Las dos chicas son hermanas. Fotos en blanco y negro de casas pequeñas engalanadas y campos de fútbol de arena con paisajes sin bloques. La chica con el álbum nos cuenta con los ojos rojos que ya no es sólo por ella que aún vive ahí, que es por sus padres, que a ellos los matan si les tiran la casa. Su hermana ya no vive allí, está en un piso y nos cuenta que al principio fue muy duro y que aún no ha logrado acostumbrarse.

El señor del perro caniche dentro del abrigo nos dice que lo que van a hacer aquí no tiene perdón. Que no entiende como pueden dormir tranquilos «Sólo por dinero, mierda, porque estamos cerca del centro ese de la Maquinista y ahora les interesamos pero aquí nos han tenido olvidados mientras ha convenido, que hasta el bicing se han llevado por 4 desgraciados que hay en el barrio. Pero como cualquier barrio, joder. Y ahora nos construyen más bloques en la única cosa de lujo que teníamos, la calidad de vida, hombre. Nuestras casas. Nuestras casas baratas» [...].

Es raro. Uno se sube a la moto. Se aleja de ese trozo de barrio. Y «entra en Barcelona» por la calle Santander. Pasamos la vía del tren y cruzamos Guipúzcoa y una siente que deja allí algo que si un día desaparece, pocos notarán. Pero habrá desaparecido. Y ya no estará más. Y habrá más bloques. Más iguales. Más feos. Más aburridos. Más muertos.

Señores, repensemos. Señores, visiten Bon Pastor.